

RECENSIONES

International Terrorism in the contemporary World. Editado por Marius H. Livingston, con Lee Bruce Kress y Marie G. Wanek, Greenwood Press, Connecticut (USA), 1978.

Este libro recoge una amplia y variada serie de ponencias que sobre el terrorismo en general, y el terrorismo internacional en particular, fueron presentadas y desarrolladas durante tres días en un simposio celebrado en 1976 en el Glassboro State College. Tras una Introducción general, el libro se vertebra de acuerdo al siguiente esquema: terrorismo internacional en algunas partes del mundo (parte segunda, en la que no se analizan ni España ni Italia); algunos aspectos psicológicos del terrorismo internacional (parte tercera); algunas consecuencias políticas del terrorismo internacional (parte cuarta); algunos problemas jurídicos del terrorismo internacional (parte quinta); el terrorismo internacional y lo militar (parte sexta); finalmente, algunos aspectos históricos del terrorismo internacional (parte séptima). El libro va acompañado de una extensísima bibliografía sobre terrorismo (págs. 469 a 502), no sistemática, y que pese a su extensión no es exhaustiva.

Los grandes temas abordados en el simposio fueron los siguientes: definición del terrorismo; aspectos, formas y funciones del terrorismo; acontecimientos terroristas en diversas partes del mundo; respuesta de las sociedades libres al terrorismo; terrorismo y orden internacional; soluciones posibles al problema del terrorismo internacional.

La primera conclusión del simposio, aleccionadora pese a lo que en apariencia encierra de fracaso, es la imposibilidad de encontrar una definición de terrorismo universalmente satisfactoria, imposibilidad que obviamente obedece a razones políticas más que semánticas. En este sentido, uno de los colaboradores, Robert A. Friedlander, profesor de Derecho en la Lewis University de Illinois (autor de una de las colaboraciones más atrayentes: «Terrorismo y violencia política: ¿justifica el fin los medios?»), señala que no existe acuerdo en la comunidad mundial ni acerca de las causas ni respecto de los remedios del terrorismo.

Si una definición generalmente aceptada del terrorismo no parece posible en el mundo contemporáneo, en razón de sus profundas divisiones ideológicas y políticas, sí cabe en cambio un análisis de las manifestaciones terroristas, tanto en sus facetas, aspectos, formas y funciones, como con relaciones a los principales acontecimientos terroristas, como un examen de la respuesta de las sociedades libres a la amenaza terrorista. La fecha del sim-

RECENSIONES

posio (1976) y el escenario (americano), explican las lagunas apreciables en el análisis realizado; en sólo dos años las manifestaciones terroristas se han hecho más intensas en Europa occidental y, frente al fracaso del esfuerzo llevado a cabo en el marco de la Organización de las Naciones Unidas, en el seno del Consejo de Europa sí ha sido posible lograr la adopción de una convención, ya en vigor, sobre la represión del crimen de terrorismo.

La observación es importante porque uno de los rasgos comunes a los países occidentales, los Estados Unidos de América y los países de Europa occidental, radica precisamente en la escalada de violencia y en la puesta en cuestión de todas las instancias de autoridad, de todas las legitimidades del mundo pluralista y democrático.

Las insuficiencias de la cooperación internacional en este terreno son evidentes, y de ahí el interés de la parte del libro que comentamos dedicada al examen del problema del terrorismo ante el orden internacional. Insuficiencias y carencias que obedecen a las mismas causas políticas que explicaban la inexistencia de una definición generalmente aceptada; pero carencias e insuficiencias extremadamente llamativas, al tratarse de un problema que ningún Estado puede resolver por sí solo, al margen de la cooperación internacional.

La conclusión a que se llegó en el simposio es más bien pesimista. Y desde la fecha de su realización, los motivos de pesimismo no han hecho más que crecer, en un mundo violento (de violencia impugnadora pero también de violencia institucionalizada), excesivamente complaciente con las pretendidas justificaciones de la violencia terrorista e incapaz, al mismo tiempo, de superar las consecuencias psicológicas y políticas de la amenaza de fuerza, o del uso de la fuerza, en la vida interna y en la vida internacional.

JUAN ANTONIO CARRILLO SALCEDO

ALFRED GROSSER: *Les Occidentaux. Les pays d'Europe et les Etats-Unis depuis la guerre*, Fayard, París, 1978.

Este importante libro ha venido, ante todo, a llenar una laguna. En efecto, no existía un buen estudio de conjunto respecto de las relaciones entre Estados Unidos y los países de Europa occidental desde la segunda guerra mundial, pese a la gran cantidad de estudios publicados sobre los orígenes y desarrollo de la guerra fría o sobre problemas concretos de este período histórico.

El autor, Alfred Grosser, estaba especialmente preparado para intentar una tarea tan ambiciosa como la llevada a cabo en el libro que comentamos: profesor universitario, periodista, director de estudios de doctorado en la Fundación Nacional de Ciencias Políticas francesa, y, por decirlo con palabras del jurado del premio de la Paz que obtuvo en 1975, «mediador entre franceses y alemanes, entre creyentes y no creyentes entre europeos y hombres de otros continentes», su nivel de preparación intelectual es realmente excepcional.

El libro está dividido en cuatro partes: en la primera analiza el período comprendido entre 1941 y 1949; en la segunda las armonías y tumultos de

los años cincuenta; en la tercera la década de los sesenta; en la cuarta y última, la crisis actual. La amplitud y la diversidad de los problemas examinados es obvia, y explican algunas de las insuficiencias del libro de Grosser, entre las que se cuenta la escasa aportación sobre España. Sólo dos referencias expresas a Franco, lo que ya prueba cómo el análisis no ha sido siempre completo ni exhaustivo; aunque hay que reconocer que pese a la importancia que en la historia española contemporánea tuvieron los acuerdos con los Estados Unidos, la verdad es que España no podía estar en el grupo occidental.

En lo que respecta a países, Francia y la República Federal de Alemania son sin lugar a dudas los mejor analizados en el estudio de Grosser, quien expone las políticas americanas, a veces simultáneas y no sólo sucesivas, y pone de manifiesto el contraste entre las actitudes de estos dos países. En cuanto a problemas que desbordan la perspectiva de países concretos, los mejor examinados son, acaso, el proceso de integración europea (en particular la Europa de Jean Monnet en la guerra fría, y las razones de la negativa del general De Gaulle a la candidatura británica); el problema de la seguridad; el de Vietnam y los aliados occidentales; las concurrencias económicas y las incertidumbres políticas en la época de crisis contemporánea; etc.

¿Un libro sin conclusiones? No, todo lo contrario: un libro con importantes conclusiones, pese a las dificultades que éstas entrañan al tratarse de un estudio sobre relaciones que se prosiguen y continúan. La segunda parte de los años setenta, escribe Grosser con razón, corresponde quizás a una ruptura profunda en la evolución económica de todos los países occidentales, pero en modo alguno expresa una transformación radical en las relaciones transatlánticas y, menos aún, el fin del período estudiado.

La primera conclusión del estudio de Grosser es que, pese a todos los cambios que han tenido lugar en estos últimos treinta años, los datos esenciales apenas han cambiado desde 1947-1949: ni en el plano militar, pese a todas las variaciones en materia de armamentos y estrategia; ni en el plano político, en el que la naturaleza de la URSS, basada en la ideología del monolitismo político, hace de todos los occidentales una *única categoría* de regímenes políticos: pluralistas y no monolíticos; ni en el plano económico, donde tanto la interdependencia existente entre los Estados Unidos y los países de Europa occidental como el carácter asimétrico de esta interdependencia, ya puestos de relieve hacia 1948, han subsistido.

Frente a los países del Este, o frente a los del Tercer Mundo, la conclusión es la similitud de los países occidentales por encima de las divergencias y diferencias existentes entre ellos, por encima también de la asimetría de las relaciones entre los Estados Unidos y los países de Europa occidental.

Europa, escribe Grosser, hubiera podido convertirse en uno de los actores principales de nuestra historia, y la solidaridad europea hubiera podido ser una solidaridad privilegiada. Pero no ha sido así, y la Comunidad, primero de Seis y luego de Nueve, no ha aparecido como una unidad más que en algunos momentos y respecto de algunos problemas: negociación del *Kennedy Round*; preparación de la Conferencia de Helsinki; acuerdos de Lomé. Las causas y las responsabilidades del fracaso, insiste, son múltiples; pero su realidad es apenas discutible: ni un sólo cuerpo ni una sola voz; ni su conjunto de un bloque bajo dirección americana, ni segundo pilar del conjunto atlántico, ni nueva gran potencia situada entre dos gigantes de

RECENSIONES

poder. Ninguna fuerza política en Europa occidental, afirma Grosser, está dispuesta a romper la interdependencia transatlántica, ante la plena conciencia del coste de tal operación; las únicas acciones concebibles tenderían a hacer menos asimétrica la interdependencia, lo que equivale a plantear toda la cuestión del sentido de la unificación europea: ¿vía para una dependencia aún mayor respecto de los Estados Unidos o, por el contrario, camino para una interdependencia más igualitaria.

Una segunda conclusión aparece en el estudio de Grosser, que viene a confirmar la similitud de los occidentales: todos ellos, sugiere, registran una grave tensión entre sus instituciones políticas y los desórdenes o la violencia de sus sociedades. En el seno de los países occidentales, en efecto, subsisten sectores excluidos y han surgido otros grupos marginados: ¿qué respuesta formular frente a la escalada de violencia o respecto de la puesta en cuestión e impugnación de todas las instancias de autoridad, de todas las legitimidades? Por otra parte, ¿cómo conciliar las luchas internas por la prosperidad y la igualdad con la atenuación de la más honda de las desigualdades, la existente entre el mundo del desarrollo y el mundo del subdesarrollo? Más aún, ¿cómo adaptar las economías occidentales, afectadas por la inflación, el paro y la crisis económica, a la construcción de un nuevo orden económico internacional?

Es verdad, concluye Grosser, que tanto en Europa como en los Estados Unidos pocos hombres políticos plantean la cuestión en estos términos. Y se comprende, insiste, porque si lo hicieran su elección, o su reelección, sería improbable. En la sociedad internacional de nuestro tiempo, de dimensión y alcance universales, el mundo occidental es un conjunto caracterizado, fundamentalmente, por la estabilidad política. En este sentido, el tema analizado en el libro del profesor Grosser acaso sea, pese a su amplitud, un tanto secundario si se compara con el tema central de la historia de mañana. Y, sin embargo, el libro que comentamos no sólo tiene interés intrínseco, sino también oportunidad. No es únicamente una historia sino además una pregunta, una cuestión acerca del sentido del mundo occidental. Y esto último es especialmente relevante en un momento en el que, como ha explicado James Reston, algo nuevo e importante está ocurriendo en las naciones occidentales: después de muchos años de vacilaciones internas y de dudas críticas, intelectuales y espirituales, he aquí que empiezan a mantener de nuevo con ímpetu sus ideales y a llevarlos al resto del mundo en un propósito de confrontación activa. Hoy no se trata ya de sostener un *statu quo* contra una ola progresiva que quiere el cambio. La situación es enteramente diferente...

JUAN ANTONIO CARRILLO SALCEDO

RECENSIONES

RAYMOND ARON: *Penser la guerre, Clausewitz. I. L'âge européen. II. L'âge planétaire*. Bibliothèque des sciences humaines. Nrf. Editions Gallimard, 1976, I, 472 pp., II, 365 pp.

El espíritu de Clausewitz anda todavía suelto por el mundo, según parece demostrar esta reciente obra del distinguido sociólogo y politólogo francés. Muchos habíamos creído que tras Lenin, Clausewitz había pasado de moda, pues en su propio país, Alemania, los fracasos del estado mayor prusiano durante las dos guerras mundiales habían caído en gran parte en el *debe* del teórico de la guerra. Por ello constituye una sorpresa el que Raymond Aron traiga de nuevo a la literatura civil el espectro del militar prusiano, en el último cuarto del siglo xx.

Pero quizá la sorpresa no debe resultar tan grande si tomamos en cuenta el hecho de que durante el último cuarto de siglo se ha escrito más literatura política sobre la guerra que en ninguna etapa anterior de la humanidad. Los que Anatol Rappoport llama los «neo-clausewitzianos» (Herman Kahn, Thomas C. Schelling, W. W. Kaufmann y el mismo Henry Kissinger) han procedido a una disección de la teoría bélica desde la perspectiva de la guerra termonuclear que poco tiene que envidiar a las construcciones doctrinales del oficial prusiano, aunque ahora en un país, los Estados Unidos, que se habían caracterizado por un culto del pacifismo y una defensa a ultranza de las instituciones del derecho de gentes. En ese aspecto, quizá lo que nos debería sorprender es que los estudios sobre Clausewitz hubieran quedado relegados en el último cuarto de siglo.

Raymond Aron es una figura paradójica en muchos aspectos, y quizá él mismo cultive conscientemente esa paradoja. Intelectual francés, es uno de los mejores conocedores del pensamiento social y político de Alemania. Historiador y sociólogo, sus aportaciones a la teoría de las Relaciones internacionales siguen siendo fundamentales en nuestro tiempo. Procedente de la «*intelligentsia*» liberal de la Europa occidental, y con un profundo conocimiento del marxismo, cada una de sus obras marca un giro cada vez más conservador. Si tratáramos de encontrar paralelos a su personalidad y su obra, quizá lo encontremos en la figura de nuestro Ortega y Gasset, a la vez liberal y germanófilo, intelectual y conservador, filósofo y sociólogo. Ortega superaba a Aron en un aspecto: un manejo perfecto de su idioma, y un gran estilo en la construcción de sus obras. Aron supera a Ortega en precisión y rigor científico. Pero al lector le sorprenden los impresionantes paralelismos en la personalidad de estos dos intelectuales latinos (sin que la ascendencia «judía» de Aron pueda servir de pie para arbitrarias discriminaciones en relación con el panorama cultural francés).

El libro sobre Clausewitz es un auténtico *tour de force*. Hay mucho trabajo en las más de ochocientas páginas de texto impreso. Los dos volúmenes constituyen prácticamente dos obras diferentes. El primero, dedicado a «La edad europea» constituye una monografía sobre Clausewitz mismo, su vida, su pensamiento y su significación. El segundo, «La edad planetaria», está dedicado a la influencia de Clausewitz y a una reflexión sobre la guerra moderna desde la perspectiva del autor alemán. Si el primer volumen es exhaustivo y completo, el segundo nos sorprende por el espíritu de síntesis, al englobar tanto el pensamiento militar alemán como la influencia de Clausewitz sobre el marxismo y sus parentescos con la estrategia de la disuasión.

RECENSIONES

Los temas que se ofrecen a discusión son muy variados y todos sugestivos: relaciones entre maoísmo y teoría clásica de la guerra; el papel del partisano; la validez de las teorías de la disuasión, y la propia concepción de las relaciones internacionales. En numerosas notas finales, en uno y otro volumen, Aron se ocupa de temas marginales, pero muy importantes, como la crítica de Delbrück a la estrategia alemana, la crítica de Liddell Hart a Clausewitz, el Plan Schlieffen, los textos de Lenin sobre Clausewitz, y la concepción del general Beaufre. Adentrarnos en cada uno de estos temas nos llevaría a escribir un auténtico manual.

Quizá, por ello, sólo debemos fijarnos en el punto final de la obra, la concepción de la política como «inteligencia del Estado personificado». En este aspecto cabe afirmar que Aron se convierte con este libro en el último teórico de la «razón de Estado», esa doctrina que, desde Maquiavelo, viene perturbando las mentes de los teóricos de la política y de los hombres de Estado. Enlazando un poco con su concepción de las relaciones internacionales basada en la descentralización del poder, Aron acaba su libro con un canto de alabanzas al Estado como construcción racional y como realidad. «El Estado no ha muerto» —podría decirse en resumen— y, además, para Aron, es bueno que así haya ocurrido. Ve mucho mayor peligro en la sustitución de esta construcción racional por las concepciones ideológicas. La evolución del maoísmo en China hacia formas estatistas siguiendo el molde soviético, la estabilización del Extremo Oriente, con la afirmación de Vietnam y Corea del Norte como auténticos Estados, la expansión de la forma estatal al continente africano, parecen anunciar un mundo estabilizado, en el que los conflictos ideológicos están relegados a un segundo plano. Si olvidamos el conflicto árabe-israelí, el mundo es hoy un «mundo de Estados», cada uno de los cuales se ajusta en su conducta a criterios de racionalidad estatal, que permite el cálculo y evita en muchos casos los errores. Las ideologías no tienen otro campo de acción que el terrorismo, fuera de todo lugar concreto, en el aire, en el mar, sin una acción militar coherente. En un mundo dividido teóricamente entre dos ideologías contrapuestas, ésta era quizá la única salida posible.

Al recensionista le gustaría discrepar de estas conclusiones, pero hay una lógica aplastante en ellas. Descartada la guerra termonuclear como posibilidad real, y aun atribuyendo a la doctrina de la coexistencia el valor de un maquiavélico cálculo de los dirigentes marxistas (*quod erat demonstrandum*), la política internacional de nuestro tiempo se puede afirmar que está esclerotizada en estas viejas construcciones que son los Estados nacionales. Es cierto que los Estados nacionales están superados y que no responden a las necesidades del mundo actual. Es cierto también que, siguiendo el idealismo progresista de Fichte y Hegel, quizá habría llegado la hora de sustituir esta forma política particularista por una estructura más amplia, incluso mundial. Pero los Estados existen, están ahí y son cada día más fuertes. Su sustitución por otras formas políticas que puedan alterar la actual estabilidad mundial reviste peligros reales para toda la humanidad. Es posible que el término del proceso histórico no sea ni la destrucción de la especie en una gran conflagración nuclear, ni la unificación de la humanidad entera en una única organización política, sino una vela armada permanente de las superpotencias, rodeadas de una miriada de pequeñas unidades políticas independientes, pero en paz y con un cierto grado de concordia. Después de treinta y dos años de

RECENSIONES

paz la estructura política real del mundo no ha cambiado. Buscando comparaciones históricas podríamos decir que nuestro mundo se asemeja a la *belle époque* que introdujo en Europa el proyecto bismarckiano de «paz armada». Esperemos que esta *belle époque* no resulte perturbada por una segunda «era guillermiana» (cuando las coaliciones rígidas y las ambiciones de la Alemania prusiana llevaron a la crisis de todo el mundo civilizado a principios de este siglo), porque una tercera guerra mundial tendría probablemente consecuencias más graves que las anteriores.

MANUEL MEDINA

LÉON PAPELEUX: *L'Amiral Canaris entre Franco et Hitler (Le rôle de Canaris dans les relations germano-espagnoles, 1915-1944)*, Casterman, Tournai, 1977, 222 pp.

No es éste el primer libro que se publica a propósito del papel representado por el jefe de los servicios secretos militares del III Reich durante el período de la problemática neutralidad española en el conflicto mundial, que en algún momento llegó a hacerse verdaderamente crucial. En tanto que hay temas que han sido tratados una y cien veces sobre problemas de historia inmediata de España y se siguen publicando incesantemente, sobre todo si previamente han sido publicados en el extranjero, sobre lo que afecta a la política exterior española lo contrario es lo que ocurre: se ha escrito relativamente poco y este poco apenas encuentra quien lo publique. Tal vez todavía sea pronto para este volumen, dada su casi reciente aparición.

Hay que añadir que en todas las suculentas Memorias del que fue ministro de Asuntos Exteriores, entre otras cosas, no encontramos en el denso índice onomástico ni una sola entrada para el almirante Canaris, pese a sus reiteradas y a veces presionantes visitas a España, sobre todo a fines de 1940. Claro que esto sólo explica que ni toda la política exterior la hacen los ministerios del Exterior ni los ministros del Exterior se enteran (o abdican tranquilamente) de cosas que les conciernan directamente. Digamos, sin embargo, que Suárez apunta la existencia del personaje Canaris, con quien nunca se entrevistó, en las esferas del poder español, en su primer libro, hace ya más de treinta años.

Canaris, refugiado en Chile con motivo de una batalla naval perdida por la flotilla alemana del Pacífico, aprendió español (además de poseer otras lenguas operativamente), pasó a España y allí estableció buenos conocimientos del país y de algunos de sus personajes y familias. Eso fue durante la primera guerra mundial. Era oficial de la Marina alemana, y lo siguió siendo después de las limitaciones de Versalles. Sus contactos con España no se perdieron, pero ciertos propósitos de construcción de submarinos se fueron al traste con el advenimiento de la República. Luego, precisamente en 1936, año del estallido de nuestra guerra, y siendo contraalmirante, es nombrado en su cargo de espionaje y contraespionaje, en el que proseguirá hasta su destitución en 1944, tras el atentado contra Hitler. Días antes de concluir la guerra mundial era ejecutado.

La ideología de Canaris era nacionalista y conservadora, tan corriente en los altos círculos alemanes y sobre todo en las fuerzas armadas. La política exterior de Hitler (oficialmente la de Alemania) coincidió en sus etapas originales con la suya. La alerta no se produciría hasta ser ya demasiado tarde, y

RECENSIONES

cuando los mismos elocuentes y baratos éxitos del Führer lo hacían inmune a todo. La guerra civil española demostró claramente el proceso de toma de decisiones en el Reich, a pesar de operar con el aparato diplomático tradicional. Los diplomáticos temían complicaciones por la intervención española, y los militares que no significara una sanguijuela excesiva para el inaugurado rearme alemán. Hitler decidió personalmente la intervención, y Canaris, desde su nuevo cargo, entró por decisión del líder nazi en el juego, renovando sus contactos con España y estrechándolos con personajes clave del régimen que emergía. Tales son los dos primeros capítulos del libro.

El tercero, que en espacio se lleva la parte del león, cubre el período de la guerra mundial, y sobre todo este semestre clave que es el segundo de 1940, que va de la conocida oferta de Franco paralela a la caída de Francia, y cuando sus auxilios no eran requeridos, a la sutil retirada que de ello hizo a partir de septiembre, tres meses después, ante el fiasco de la batalla de Inglaterra, y que se prolonga hasta principios de 1941, cuando ya Hitler ha decidido claramente el ataque contra Rusia.

Hitler y Franco fueron las fuentes determinantes de las respectivas políticas exteriores de sus Estados, a cuyas directrices quedaban supeditados los personajes —e instituciones— que las llevaban a cabo. En este sentido, el uso de la diplomacia paralela, incluso varias a la vez, era corriente en la práctica hitleriana: la Wilhelmstrasse, el partido nazi, la Gestapo, los servicios secretos de Canaris, Canaris en persona... En este sentido Franco, sin ser un clásico del cauce oficial, tampoco diluyó tanto los hilos de su política exterior.

Cuando en 1945 Canaris fue ahorcado por el régimen al que había servido —y en cierto modo se había servido—, el «Boletín Oficial del Estado» español no tardó en publicar una pensión para su viuda. Cosas así no ocurren a menudo, ni poco ni mucho, como tampoco que un sentado en el banquillo de Nuremberg, Franz von Papen, líder del Zentrum, no sólo salve su vida o sea declarado inocente, sino que pase a la nómina del Vaticano en alguno de los curiosos cargos que por entonces se estilaban.

Hace algunos años, y con motivo de otra reseña sobre este caso concreto, aducía estos aspectos. La visita que Canaris realizó a España en diciembre de 1940, culminando la presión comenzada semanas antes de Hendaya, ¿significó la clave de la resistencia de Franco a no entrar en el juego alemán, es decir, en la guerra, al conocer que Hitler no estaba dispuesto a invadir España en caso de negativa, como así resultó? La documentación explícita no existe, pero es lo que se da a entender. ¿Traición de Canaris hacia su jefe? El asunto de la traición siempre ha sido cuestión de debate, y más en este caso y con un régimen que estaba llevando al país a la catástrofe. El cierre del estrecho de Gibraltar no habría simplificado las cosas para Alemania a la larga. Las Canarias quedaban en el aire, y las costas españolas, a empezar por la gran mayoría de las ciudades, completamente al albur de los cañones de la flota británica.

Canaris constata cosas sorprendentes, como el que los españoles no tengan ningún plan para la toma de Gibraltar, y cosas menos sorprendentes, como el mal y deteriorante estado de las fuerzas armadas, con la mitad o más de la marina de guerra en reparación en los arsenales. Y eso pese a que la guerra civil quedaba a tan sólo un año y medio de distancia. Desde el punto de vista económico, la pésima situación del país, Alemania, es sabido,

tendría que pechar con todo esto. Es más, en sus preparativos no sólo se trataba de tomar Gibraltar sino incluso, ante tal presunción, evitar que los ingleses no hicieran un ataque preventivo para ampliar su campo en una súbita salida por el Norte. Para contrarrestarlo los alemanes habían ideado situar en aquel lugar, para dar cemento al dispositivo español, un regimiento de élite, el de Brandeburgo. Lo cierto es, como se señala en el libro, que en los momentos más álgidos los ingleses no dieron muestras visibles de proceder a reforzamientos especiales.

Las sistemáticas peticiones de expansión imperial españolas a costa de una Francia vencida (que apenas habían satisfecho a una Italia ya en guerra) eran incompatibles con los propósitos de Berlín, a quien le interesa tan sólo la geografía española y a poder ser el potencial francés, o en todo caso que éste no se pasase a Inglaterra vía De Gaulle en lo que Africa del Norte y flota, especialmente, concernía. A su vez, la decisión de aniquilar a Rusia antes que a Inglaterra pospuso el plan *sine die*. Pero Rusia aguantó y Estados Unidos entró en el conflicto. A partir de estos momentos la obsesión de Hitler fue que España no fuera utilizada por los anglosajones. Sus planes de ocupación preventiva del norte español no pasaron de eso, planes, por lo demás cada vez más esqueléticos en lo que a participación de fuerzas se refiere.

Todo ello nos demuestra la aceptada teoría de que Hitler nunca dispuso mínimamente siquiera de un plan global de guerra, sino de una concatenación de guerras limitadas que se solaparon con el tiempo. Los japoneses, con su iniciativa, hicieron el resto. Hitler no tuvo en sus oscilaciones la voluntad firme de hacer entrar a España en la guerra, o en su defecto forzar la entrada de España. Llegado el momento su preocupación sería que España cediera a sus enemigos en unas pretensiones similares a las que él proponía unos años antes.

La desconfianza y escepticismo de Franco, rayano en la parálisis en tantos aspectos y no sólo en éste, el dar tiempo al tiempo por presunciones de distintas fuentes, entre ellas la posiblemente básica de Canarias, el conocimiento de que a la larga el mar dominaría el continente, evitaron su decisión en favor de la guerra. Italia, corriendo en socorro de la victoria, recibía bofetadas por todas partes, pese a su mayor potencia y dispositivo. Todo ello debía ser más que suficiente para que Franco decidiera no decidir nada, tan suyo de siempre y para siempre. Canarias, soplándole al oído, no haría más que reafirmarle en algo que de todos modos intuitivamente debía presentir. Otra cosa es que Hitler le hubiera tomado la palabra cuando a la mitad de 1940 le ofrecía la entrada en guerra. Pero entonces Alemania sólo veía el rápido colapso de Gran Bretaña, con una Italia atizando por el Mediterráneo y por Egipto.

El libro de Papeleux va avalado por Henri Bernard, profesor emérito de la Escuela Real Militar belga. Por exigencias de edición, numerosas referencias bibliográficas y anotaciones críticas han tenido que suprimirse. Aun así, da una buena relación documental, en parte inédita, Ch. Burdick, que tan bien conoce el tema (y cuyo libro tampoco existe en castellano), le ha sido de gran ayuda para ello. Esperemos que si el milagro de la publicación en nuestro país de la obra reseñada se produjera se reintroducirían estos aspectos suprimidos en la edición original.

TOMÁS MESTRE

ATTILIO GAUDIO: *Le dossier du Sahara Occidental*, Nouvelles Editions Latines, París, 1978, 462 pp., ill.

Attilio Gaudio frecuentó esta Casa, entonces Instituto de Estudios Políticos, en el año 1952, cuando la revista que editaba su Sección Colonial, *Cuadernos de Estudios Africanos*, publicó, en el número 19, una nota del periodista italiano titulada «Apuntes para un estudio sobre los aspectos etnológicos del Sahara occidental. Su constitución básica». Por aquellas fechas Gaudio (que colaboraba también en el diario *Arriba*, órgano oficial del Movimiento Nacional) concurrió a varias de las sesiones de la Sección Colonial en las que glosó, sin escatimar elogios, la obra realizada por España en Ifni y Sahara, que había comprobado en sus visitas a estos territorios¹.

Han transcurrido veintisiete años. De los miembros de la Sección que escuchamos aquellas laudatorias palabras fallecieron tres—Cordero Torres, Gil Benumeja y Trujeda Incera—, restando dos testigos, la señorita Martín de la Escalera y quien esto escribe. Recordamos los elogios de Gaudio, que resaltaba especialmente el transporte de saharauis a La Meca para que cumplieran el deber islámico de la peregrinación. Tal preocupación de las autoridades resultaba digna de encomio porque el Sahara era un arenal paupérrimo—los fosfatos de Bu Craa tardarían catorce años en descubrirse—en el que España invertía sumas considerables, sin esperar contrapartida alguna, por cumplir la misión que le asignaban los Tratados internacionales. Gaudio, en el citado artículo, aludía al tema de la peregrinación diciendo: «Esta importación musical ha sido también debida en gran parte a los numerosos peregrinos que han ido a La Meca...»². No explicitaba, por ser obvio, que si tantos modestos saharauis podían trasladarse a La Meca, por vía aérea preferentemente, era porque la Administración española sufragaba los gastos de la mayoría de los peregrinos.

Hemos rememorado nuestro único contacto personal con Gaudio porque ahora, al leer este volumen, hemos experimentado una desagradable sorpresa. Es honesto evolucionar en las ideas, pero no es lícito falsear los hechos. Si Gaudio había conocido personalmente las realizaciones logradas en Ifni³, es censurable que ahora escriba: «La obra civilizadora⁴ de los españoles no ha dejado nada tras de sí... Se han marchado después de tan-

¹ Esta visita quedó registrada en la página 139, del número 19 de *Cuadernos de Estudios Africanos* en la que se dice, en el apartado «Actividades de la Sección Colonial del Instituto»: «En primer lugar es grato registrar desde estas páginas la visita de un ilustre colaborador de *Cuadernos*, el profesor Attilio Gaudio, de la Expedición Etnológica al Sahara, con el que celebró la Sección varias interesantes reuniones consagradas al estado actual de los problemas etnográfico-sociales del Sahara y especialmente del marroquí y occidental.»

² El subrayado es nuestro.

³ Resumimos algunos datos: «En Ifni, existían seis establecimientos hospitalarios atendidos por 61 empleados de los cuales siete eran facultativos... La enseñanza primaria oficial contaba en 1959 con 15 secciones, en las que cursaban estudios 426 alumnos. Igual cifra se hallaba matriculada en la Escuela graduada de Sidi Ifni... En lo que se refiere a comunicaciones se ha construido una carretera de 1,6 kilómetros... Se logró poner en cultivo 30.610 hectáreas... Se montó una central eléctrica de 844 kWh de potencia que suministra fluido eléctrico a la población...» (JOSÉ MARÍA CORDERO TORRES y JULIO COLA ALBERICH: *La evolución de la España de Ultramar*, p. 63, Instituto de Estudios Políticos y Editora Nacional, Madrid, 1963).

⁴ Subrayado por Gaudio.

tos años sin haber construido un solo kilómetro de carretera asfaltada, una sola escuela, una red de electrificación o las convenientes conducciones de agua»⁵.

Siguiendo esa línea, Gaudio explica: «Su Gobierno [el español] sólo se había ocupado de poner en valor el Sahara después de que se descubrieran los fosfatos...»⁶. La realidad es muy distinta⁷. Lo mismo sucede con esta otra afirmación: «Después de casi un siglo de abandono e ignorancia, Madrid "descubre" la existencia de un pueblo saharauí»⁸. En primer lugar, la presencia efectiva de España en el Sahara—exceptuando el hecho aislado de una factoría en Villa Cisneros—sólo se remonta al 30 de noviembre de 1920, fecha en que el teniente coronel Bens ocupaba La Güera. Es decir, allí permaneció España exactamente cincuenta y cinco años, cifra muy inferior a la de «casi un siglo» que consigna Gaudio⁹. En segundo lugar, el público español, y el extranjero, estaba perfectamente al corriente de la existencia del pueblo saharauí—las distintas tribus que lo integran—, puesto que africanistas y etnólogos publicaron durante ese tiempo centenares de libros y monografías, muchos de ellos utilizados por Gaudio. Y finalmente las obras públicas allí construidas no indican, precisamente, ese abandono que consigna.

Todo el libro es un ataque sistemático a España y una negación de cuanto se hizo en los territorios africanos, antes y después de la contienda civil. Así, para Gaudio, «en 1885 comienza la represión contra los patriotas saharianos» (p. 102), la «represión franco-española en la zona de Seguiet el Hamra» (p. 162) se acentúa en 1958, para alcanzar el clímax en 1970, a cuya «represión» dedica el capítulo XIV. No falta ninguna pincelada sombría: «patriotas torturados» (p. 159), «reclutamiento forzado de saharianos, ya aplicado antes en la zona norte e Ifni con extrema brutalidad» (p. 115), presencia de autoridades draconianas como «el general Gómez Zamalloa, reputado por su brutalidad e ideas fascistas» (p. 160), etc.

Las frases que hemos recogido dan idea de que «El *dossier* del Sahara occidental» no puede considerarse como obra equilibrada y seria, sino más bien como un trabajo propagandístico encaminado a una defensa a ultranza de los puntos de vista de Rabat, lo que hubiera podido lograrse perfectamente sin menoscabo de la objetividad, sin necesidad de acudir a deformaciones.

Por otra parte, Gaudio se contradice constantemente, y esto indica que es un libro apresurado, escrito sin meditación ni reposo. Así, dice: «Hasta el otoño de 1974 el Sahara occidental se había transformado en una reserva impenetrable, aislada del resto de Africa y del mundo. No se filtraba nin-

⁵ Página 205.

⁶ Página 194.

⁷ En 1959—un lustro antes del descubrimiento de los fosfatos—«cuenta el Sahara con dos hospitales y otros 12 establecimientos sanitarios... Existen dos bibliotecas públicas y la enseñanza primaria cuenta con 12 secciones con 436 alumnos. Últimamente han sido construidas escuelas para niños y niñas en El Aaiún y Villa Cisneros y se ha terminado un grupo escolar destinado a los nativos. Un Instituto de Enseñanza Media existe en El Aaiún, una Escuela Marítima en Villa Cisneros, otra de Artes y Oficios... Dos centrales eléctricas y un grupo electrógeno que proporcionan...» (JOSÉ MARÍA CORDERO TORRES y JULIO COLA ALBERICH *op. cit.*, p. 67).

⁸ Página 19.

⁹ Gaudio admite esta fecha en otro capítulo (p. 113) lo cual indica la confusión de este libro donde se cambian fechas y apellidos de una página a otra. Así, Bens figura con este apellido en la página 113, pero en la 105 se llama Benz.

RECENSIONES

guna información sobre lo que pasaba en el interior de ese inmenso territorio que el Gobierno del general Franco administraba como un bien personal. Ningún periodista, ni siquiera español, era autorizado a poner allí los pies» (p. 184). No obstante, cuatro páginas después consigna: «Un periodista marroquí, M. Ahmed Chahid, que había podido visitar el Sahara español...» (p. 187). ¿No lo había visitado también el propio Gaudio en 1952, es decir, veintidós años antes de 1974? Y lo recorrieron decenas de periodistas, españoles y extranjeros, cuyas crónicas están dispersas en toda la prensa¹⁰. Es más, las aseveraciones de Gaudio se contradicen con el hecho cierto de que diariamente llegaba a El Aaiún un avión, procedente de Canarias, cargado de turistas de diversas nacionalidades para visitar el Sahara—frecuentando muchos de ellos el «modesto hotel», como denomina Gaudio al Parador de Turismo—sin el menor impedimento. A renglón seguido contradice sus palabras escribiendo: «incluso las formalidades de acogida a los viajeros en el aeropuerto estaban confiadas a los militares» (p. 188). ¿A qué viajeros se refiere, si cuatro páginas antes nos había informado que nadie, ni siquiera los periodistas españoles, podían visitar el Sahara?

* * *

Afirma Gaudio que «el Gobierno franquista no quiso aceptar un referéndum controlado por la comunidad internacional» (p. 18). No ignora que la labor previa a esa consulta consistía en la elaboración de un censo fidedigno, lo que requirió mucho tiempo por las específicas dificultades que ofrecía una población preferentemente nómada. Gaudio lo recoge expresamente al afirmar—(cap. IV) «el censo español de 1974, el único válido»—que: «este censo realizado por las autoridades españolas no puede ser puesto en duda... Especialistas llegados de Madrid formaron equipo con estudiantes o jóvenes funcionarios saharauis que hablaban árabe y español... Los equipos recorrieron, a bordo de diez Land Rover, 60.000 kilómetros, y en ciertas zonas de acceso difícil los desplazamientos se realizaron por helicópteros...» (p. 39). Una vez terminado el censo, España, por carta de su representante permanente al secretario general de las Naciones Unidas (20 de agosto de 1974), «indicaba que el Gobierno español, fiel al principio de la libre determinación que había aceptado y proclamado por sus resoluciones 1514 (XV) y 2272 (XVII), y después de haber procedido a las adecuadas consultas con los representantes de la población autóctona del territorio, para la libre determinación de éste, proclamaba su decisión de adoptar las medidas precisas para que la población autóctona pudiese expresar su derecho a la libre determinación. Así anunciaba que su Gobierno organizaría un referéndum, bajo los auspicios y garantías de las Naciones Unidas, durante los primeros seis meses de 1975»¹¹. Están fuera de lugar, por lo tanto, afirmaciones como «la evidente mala voluntad de los representantes de Madrid»¹² y otros juicios semejantes.

¹⁰ Entre las cuales podemos destacar las magníficas de Salvador López de la Torre, publicadas en ABC, o la colaboración, proseguida durante años, de Ramiro Santamaría en diversos periódicos, singularmente en la revista *África*.

¹¹ JULIO COLA ALBERICH: «España y el Sahara occidental», en *Revista de Política Internacional*, núm. 154, p. 15. Se cita el texto literal de dicha comunicación.

¹² Página 18.

RECENSIONES

Por razón de espacio no podemos ocuparnos de otras conclusiones similares que formula Gaudio sin apoyo de sólida documentación.

* * *

Gaudio no se limita a censurar la política gubernamental española en Ifni y Sahara, sino que también emite juicios peyorativos sobre los africanistas hispanos. Afirma: «La bibliografía en lengua española es considerable, aunque desconocida por los africanistas extranjeros, pues los relatos, artículos, informes de oficiales coloniales y obras redactadas por españoles desde hace un siglo no han sido traducidas jamás, ni siquiera fichadas, fuera de España.» Pretende crear una pobre imagen de los africanistas españoles, cuyas obras—se deja entender—son de tan escaso relieve que no han merecido ser fichadas o traducidas fuera de su país.

Nada de esto se ajusta a la realidad. Respecto a la primera afirmación—las obras redactadas por españoles no han sido traducidas jamás—podemos refutarla inmediatamente. Así, José María Cordero Torres, el eximio africanista, fue miembro de varias sociedades científicas europeas donde presentaba regularmente sus trabajos. Colaboraba asiduamente en *Civilisations* con trabajos que eran traducidos al francés, en los que informaba de la acción hispana en sus territorios africanos. Gaudio no cita a la prestigiosa revista entre las 43 que dice haber consultado, y de las múltiples obras de Cordero sólo ha manejado *El Sahara español*, escrita en colaboración con Francisco Hernández-Pacheco. Otro ejemplo. *Présence africaine*—tal vez la revista más importante que publicaron los intelectuales africanos autóctonos—editó un volumen monográfico (*Le travail en Afrique Noire*, París, 1952, 427 pp., ill.), en el que insertaba un estudio de quien esto escribe que había sido publicado previamente en *Cuadernos de Estudios Africanos* (número 12, pp. 47-56, 1950) y traducido al francés por P. Naville bajo el título *L'hydrographie comme facteur bio-dynamique et sociologique en Afrique*. Podríamos citar otros tres trabajos del firmante publicados en *Cuadernos...*, que fueron traducidos al francés y reproducidos en la revista *Aequatoria*, de Coquilhatville (Congo Belga), y otros dos traducidos al árabe. Existen otros muchos trabajos de africanistas españoles, como los de Caro Baroja, por ejemplo, que se han traducido y publicado en las más prestigiosas revistas del mundo.

Tampoco es exacta la segunda afirmación de Gaudio—que los trabajos españoles «no han sido fichados jamás en el extranjero»—, puesto que podemos citar un ejemplo definitivo. Quien esto escribe fue encargado por el *International African Institute* de Londres (la más solvente entidad en la materia, asistida por la UNESCO) para fichar y extractar todos los trabajos publicados en revistas españolas sobre etnología y sociología africanas desde 1940. Tales fichas y resúmenes se fueron publicando en la revista *African Abstracts* desde 1954 a 1965, ambos incluidos. En esa revista, por lo tanto, he publicado algunos centenares de fichas y resúmenes de trabajos españoles que adquirieron difusión universal merced al Instituto que tan excelentemente dirigía el profesor Daryll Forde y que, para estas tareas, contaba con especialistas, junto al firmante, de la talla de los profesores Mendes Corrèa, Doke, Blok, Cole, Lukas, Van Bulck, etc. Actúa Gaudio con notable

RECENSIONES

ligereza, puesto que tampoco *African Abstracts* figura en sus listas bibliográficas, lo que arroja serias dudas acerca de su competencia en el campo de la etnología en que se autoinscribe.

* * *

Si nos detenemos en el examen de las fuentes bibliográficas, los reparos son muy severos. Primeramente resaltamos un desorden considerable. En las páginas 456 y 457 se cita a los autores indicando primero los apellidos y después el nombre, mientras que en las páginas 458 y 459 se citan en el orden inverso. En los apellidos los errores son constantes: *Mendevil* por Mendivil (p. 198), *Bernero* por Tabernero (p. 456), *Volverde* por Valverde (p. 459), *Marusol Carvajal* por Mármol Carvajal (p. 53)... Incluso figura un *Don* Arcadio confundiendo el tratamiento con un apellido (p. 458). Tampoco se han cuidado los nombres geográficos: *Noum* en la página 207 y *Noun* en la siguiente; *Zaffarinas* (p. 99), Ifni—en vez de Sidi Ifni—como el nombre de la capital del territorio, etc. Figueras T. G. (p. 417) y Figueras *Thomas* García (p. 419); Bonelli, E «Viajes para Marrucos» (p. 419), Emilio Bonelli (p. 102) y Bonelli Emilio (p. 92); Pacheco Hernández (p. 420) y Eduardo y Francisco Pacheco (p. 25) en vez de Eduardo y Francisco Hernández-Pacheco; Bullón Díaz Gallo por Bullón Díaz, Galo; Villar Ramírez Juan *Mta* (p. 422) y Juan Bta. *Vilar* Ramírez (p. 458). Hemos contado 38 errores de este tipo.

Análoga confusión se observa en las fichas bibliográficas. Así tenemos: «general Capaz (Asuntos Indígenas-Orientaciones a los interventores en la *lafor* de *protetorado* en *Marrucos*. Las Palmas de *Casas* .*Canaria*) (p. 116).

La transcripción de textos españoles está plagada de equivocaciones. Un comunicado citado en la página 429, en 29 líneas dice: «... se *est à* preguntando... el futuro *des* Sahara... por la *lejantias* des territorio...a *auel* territorio un *statuts* *definito*... Nos de la impresión...*peligro refestirà,mâa* *facil* *serà* que sean *salxaguardado* los intereses...*porue* en *definitva*...los *acuerdo*... por la *vie*». La traducción de algunos textos es lamentable. En esa misma página se dice: «*Ya* denonce *l'impartialisme*» en vez del imperialismo.

Supone una exageración calificar de Archivos consultados a un centenar de libros, en su mayoría de los años 1960 a 1970, muchos de los cuales no tienen relación con el tema de esta obra. ¿Qué finalidad persigue Gaudio al investigar un «archivo» como el de Cuscoy, L. D., «El determinismo geográfico y los aborígenes de las islas Canarias»? Otra improvisación consiste en denominar «Obras en francés de orden general...» a una lista de libros en diversos idiomas (tres en inglés y dos en español).

* * *

En definitiva, se trata de una obra poco meditada, en la que el autor ha acumulado materiales muy heterogéneos (sinopsis etnológicas, inspiradas principalmente en Caro Baroja, reseñas periodísticas, entrevistas, etc.), de desigual importancia. Al carecer de rigor y método la podemos considerar, tan sólo como una exaltada obra de propaganda.

JULIO COLA ALBERICH

RECENSIONES

NORMAN J. PADEFORD, GEORGE A. LINCOLN y LEE D. OLVEY: *The Dynamics of International Politics*, Nueva York, Mac Millan, 3.^a edición, 1976, XVIII más 604 pp. *

El punto de partida del comentario de la obra aquí reseñada es el siguiente hecho: «el rápido ritmo de cambio en los asuntos internacionales» (cf. p. V). Aún más: «cambio rápido e inexorable» (vid. p. 530).

Pues bien; tal cambio tiene su origen en una serie de factores:

a) En el plano político, una «revolución de enormes proporciones, con facetas como (cf. p. 1): i) el nacionalismo, que continúa dividiendo al globo políticamente, haciendo difícil la cooperación internacional y aumentando la posibilidad de conflictos entre los Estados; ii) cambios en las concepciones tradicionales del sistema de Estado, como consecuencia de la aparición de nuevos Estados, sin las tradiciones de los Estados más antiguos, sin condiciones de estabilidad muchos de ellos y todos ellos movidos por un impulso hacia el rápido desarrollo; iii) una doctrina de «conflicto mundial permanente», manejada por un comunismo militante; iv) una organización internacional, con diferencias entre las grandes Potencias, con la completa adhesión de muchos de los nuevos Estados a políticas de neutralismo y con la disminución de «la influencia de las Potencias medias políticamente maduras».

b) Una revolución de enorme magnitud en los campos de la ciencia y de la técnica. Por ejemplo, la Ciencia nuclear, dando nuevas dimensiones a la política internacional—tecnología militar, tecnología espacial y tecnología de las comunicaciones—(vid. p. 2).

c) Una rápida expansión de la población mundial (cons. p. 2).

d) El dramático incremento de la importancia de lo económico en las relaciones internacionales de poder, planteando nuevos desafíos a la diplomacia y al estudio de las relaciones internacionales (cf. pp. V-VI).

Pues bien; como resultado de la confluencia de todas esas variadas fuerzas, tenemos la dificultad de predecir «el futuro de las relaciones internacionales» (vid. p. 1).

Y, parejamente, la comprensión de ese cúmulo de cambios lanza un desafío al pensamiento del ciudadano *consciente* (cons. p. 2).

De ahí la necesidad de presentar las características dinámicas de la escena internacional presente y de ayudar a los que pueden ser llamados—como ciudadanos o como funcionarios del Gobierno—a familiarizarse con un mundo de duras realidades y ante el que tendrán que tomar difíciles decisiones—más difíciles que en cualquier tiempo de la historia (cf. p. V)—. Tal es el objeto de la obra comentada (vid. p. V).

Y la evidencia consignada en el párrafo precedente tiene especial significado para los pueblos que viven en Estados de Derecho. Y aquí son de mención unas clásicas estimaciones de Elihu Root, uno de los estadistas más eminentes de los Estados Unidos. Estas: el pueblo «debe conseguir un conocimiento de los hechos y de los principios fundamentales y esenciales de los que dependen las relaciones [internacionales]. Sin tal conocimiento, no puede

* En 1975, falleció el profesor George A. Lincoln, hombre consagrado, la mayor parte de su vida, al mejoramiento de la comprensión de los *world's affairs*. El libro está dedicado a su memoria.

RECENSIONES

haber discusión inteligente y consideración de la política exterior y de la conducta diplomática» (cons. p. VI). Con una peculiaridad: tal realidad se ve—por Root— como «inevitable condición» para «una efectiva diplomacia de una popular democracia» (cf. pp. VI-VII).

Y he aquí que, puestos en esa tesitura, el volumen recensionado sostiene qué método *más solvente* de la aprehensión de los asuntos internacionales contemporáneos lo constituye el análisis «esencialmente pragmático» de la escena internacional (*vid.* p. 3).

* * *

Pues bien; con tal perspectiva, el libro reseñado divide la materia en cinco grandes partes, del siguiente modo:

a) La parte primera se ocupa (pp. 1-50) del marco de la política internacional en el presente, estudiándose: i) El sistema político internacional (interés nacional, poder, etc.). ii) El tema de una teoría de la política internacional: α) Enfoque normativo: filósofos, idealismo, política de poder, Derecho Internacional, organización internacional. β) Enfoque multidisciplinario (*Policy-Science Approach*): sistemas, funcionalismo e integración, «decision-making», análisis de los conflictos. γ) Enfoque ecléctico, pragmático, analítico, no despreciativo hacia la teoría (cuando sea apropiada al análisis). Se trata de método no doctrinario, partiendo de la evaluación de las fuerzas e intereses que se mueven en la escena internacional. Observación y análisis de los factores básicos en el mundo.

b) La parte segunda se refiere (pp. 51-200) a las posiciones y las políticas de los Estados. Iniciándose con la estimación de temas como la ideología en la política mundial, el nacionalismo en la política mundial, el imperialismo y el colonialismo, se pasa al estudio del papel de la geografía y el medio ambiente físico; de la población como factor de la política mundial; de la economía como fuerza en la política internacional y como base económica del poder y de la política exterior, de la tecnología y de la seguridad militar.

c) La materia de la parte tercera (pp. 201-301) es la *decision-making* en política exterior: naturaleza del proceso, el proceso en el sistema parlamentario—USA, Gran Bretaña y otros ejemplos—; el proceso en las grandes Potencias comunistas—URSS, RPCh—. Siendo de notar, en este extremo, cómo el volumen comentado se preocupa por señalar la gran importancia que, para el estudioso de los asuntos internacionales, tienen las consecuencias de la «división» chino-soviética (*vid.* pp. 297 y ss.).

d) Instrumentos y modelos de la política exterior constituyen (pp. 303-422) el tema de la parte cuarta: política de poder y equilibrio de poder; diplomacia; la comunicación internacional como un instrumento de política (propaganda y relaciones culturales); instrumentos económicos (por ejemplo, los de la ayuda exterior), y el instrumento militar (naturaleza del poder militar, naturaleza de la guerra, dilemas nucleares, estrategia militar, etc.).

e) A la valoración de la organización de la Comunidad internacional se dedica (pp. 423-538) la parte quinta. En ella, se recogen: i) La búsqueda de la paz internacional: control del conflicto; mantenimiento de la paz; arreglo pacífico de disputas; control de armamentos. ii) El reinado internacional del

RECENSIONES

Derecho: Derecho Internacional contemporáneo (desde su naturaleza hasta su observancia) y la ruta hacia un Derecho mundial. *iii*) La organización internacional. *iv*) Las Naciones Unidas.

* * *

Completan la obra reseñada: *a*) una serie de gráficos (veintiséis) y una serie de tablas (catorce), distribuidos a lo largo del libro, y *b*) tres apéndices, con los textos del Tratado del Atlántico Norte, del Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca y de la Carta de la ONU y un completo índice (en páginas 577-603).

* * *

Resumiendo en la más concisa abreviatura, tenemos que:

a) La obra de Padelford, Lincoln y Olvey nos presenta una escena internacional en que, a despecho de la presencia nuclear, no han desaparecido ni el uso de la fuerza ni los conflictos ni la violencia; en que ha continuado el crecimiento del «club» nuclear; en que ha seguido el alumbramiento de pequeños Estados; en que ha continuado el peligro de la escalada de los conflictos; degeneración del conflicto entre pequeñas Potencias en conflictos englobando a las grandes Potencias (*vid.* pp. 534-535).

Ahora bien; escena internacional con—hoy por hoy—sólo dos Superpotencias (USA y URSS); varias Potencias nucleares (USA, URSS, Francia, Reino Unido y RPCh), y unas pocas Potencias económicas (USA, URSS, Japón y CEE). (Cons. p. 17.)

Parejamente, una escena internacional en la cual han crecido el número y la variedad de los actores, reflejo de la aparición de otras categorías de intereses, distintos a la tradicional categoría del interés nacional del Estado: organizaciones internacionales, empresas «transnacionales» —que no coinciden necesariamente con los intereses nacionales de los Estados dentro de los que están funcionando—; organizaciones transnacionales terroristas (cons. páginas 13-14).

b) El volumen que recensionamos nos ofrece a la meditación otro punto básico: «el problema de evaluación del poder y el peligro de pensar del poder en términos absolutos» (cons. p. 17).

Concretamente, son interesantes las reflexiones explayadas en torno a los crecientes síntomas de que los atributos militares del poder—en un sistema internacional bipolar sólo militarmente, según especialistas como Stanley H. Hoffmann—han venido a tener menos importancia en los cálculos de equilibrio de poder, y que han sido reemplazados—crecientemente—por otros factores, como *el poder económico* y *la estabilidad política interna*. De ahí la circunstancia de la importancia y la urgencia—«para muchos escritores» (cf. p. 530)—de que el mantenimiento de la salud de la economía mundial hoy es comparable a la preocupación por la seguridad de los años anteriores (*vid.* p. 530).

Ahora bien; la obra comentada entra en el nuevo significado del conno impiden reconocer «el absoluto poder militar de las Superpotencias», ni disimular «la gran flexibilidad de poder de que disponen sólo aquellos Estados capaces de mantener grandes estructuras militares que, a la vez, son de multiplicidad de objetivos».

RECENSIONES

En todo caso, todo lo subrayado refleja la realidad de un planteamiento «más difuso» del poder político (cf. p. 312).

c) El volumen reseñado registra una realidad insoslayable: «*la continuada competencia entre las Potencias*», deteniendo el progreso de la Humanidad hacia una gran Comunidad (vid. p. V).

Ahora bien: la obra comentada entra en el nuevo significado del concepto de comunidad en algunas áreas (Europa y Atlántico), frente a las fuerzas negativas del orgullo nacional y el prestigio nacional que «continúan socavando la colaboración internacional» (cons. p. 2).

Ante estas circunstancias, resulta natural pensar en la «détente». Para los autores comentados, la «détente» no es un logro permanente, sino que verosimilmente ha de seguir siendo «un delicado proceso de negociación *en competencia política*, guiada por los principios de *limitación* en tiempos de crisis» (vid. p. 534). Con una particularidad: «ninguna de las partes puede beneficiarse de la 'détente' buscando ventajas unilaterales» (cf. p. 534).

Y, en este marco, es de indicar que el volumen recensionado pone de relieve que siguen siendo altas «la sospecha mutua y la falta de confianza» entre las Superpotencias. La realidad es que «la era de la guerra fría puede haber terminado, pero los valores fundamentales que motivaron [el] enfrentamiento de los principales antagonistas no han desaparecido» (cons. p. 534).

Ahora bien, «uno de los principales desafíos en [lo que resta] del siglo xx es si la 'détente' de los setenta puede sobrevivir en un mundo de rápido cambio». La pregunta del libro es si las dos Superpotencias percibirán la abrumadora necesidad de «cooperar en la solución de los crecientes problemas de la Humanidad, causados en parte por [una] tecnología rápidamente creciente [y] desigualmente aplicada en *el mundo en que vivimos todos*» (cons. p. 534).

* * *

Yendo a la conclusión, tenemos:

a) El hecho de que, para los autores comentados, «*ninguna nación tiene el poder o la sabiduría para resolver todos los problemas del mundo*» (p. 536).

Aserto clave a nuestro entender. A completar con esta aseveración: «No pueden ignorarse, por todos los que son partes integrantes del cambiante orden mundial, las políticas y las acciones de los otros Estados y de las instituciones internacionales» (p. 536).

b) El hecho de que, para estos autores, hay algo «crecientemente claro»: «que la *cooperación es necesaria*, si los miembros del sistema internacional han de llegar a dominar los problemas del [último cuarto] de este siglo» (cf. p. 535).

c) El hecho de que «en un mundo diverso y desgarrado, moviéndose con rápidos pasos hacia un fin que no podemos prever, se necesita un *pensamiento claro* sobre la mejor manera de enfrentarse con las cuestiones de [una] política global» (p. 537).

Y es en este extremo donde se ve, nitidamente, la diferencia entre el estadista y el profeta...

LEANDRO RUBIO GARCIA